PRESENCIA

LA CONDENA DE COLLAZO

En la época nuestra, en que prevalece tan agudo resentimiento, resulta de mal gusto, antipático y "oligárquico" reconocer razón y derecho al poderoso. Sin embargo el derecho y la justicia del poderoso también son imprescriptibles. Aunque el fin que ha movido a los nacionalistas portorriqueños sea legítimo y noble, el medio que han empleado es de los que merecen fuerte represión por parte del Estado. No podemos dejar de reconocer verdad tan obvia aunque con ello hayamos de provocar sobre nuestras cabezas las iras temibles de los portorriqueños criollos.

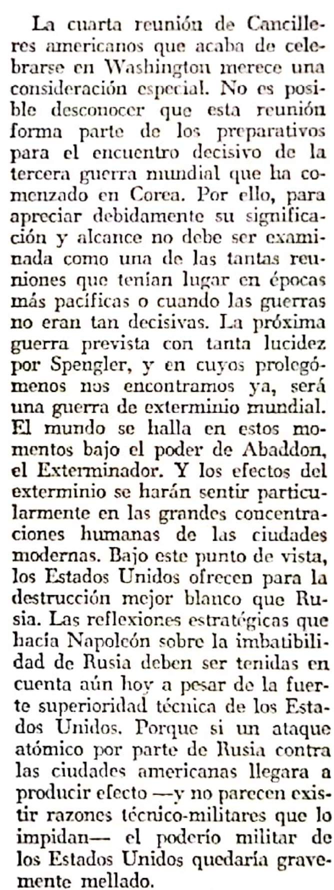
Es muy posible que Puerto Rico tenga derecho a su soberanía e independencia. Pero no acabamos de ver qué se ganaría con otro Haití y Guatemala en América. Creemos que la soberanía política comporta un estado de madurez que haga capaz a un conglomerado social de moverse con eficacia en el plano nacional e internacional. Y de bien menguado desarrollo dan muestras los portorriqueños, cuando en un momento de tensión mundial tan delicada, producen un hecho que, además de desproporcionado para la obtención de su independencia, favorece a los planes del comunismo soviético. No sabemos hasta dónde el comunismo ha promovido y alentado la reacción violenta de los nacionalistas portorriqueños; pero sabemos que la han aprovechado y que la han de aprovechar para reavivar en los países iberoamericanos el odio contra los Estados Unidos. Entre nosotros se ha constituído una junta que con el pretexto de pedir la libertad de Albizu Campos, va a cooperar con los comunistas en la agitación contra el imperialismo yanqui.

Los Estados Unidos, por su parte, debieran proceder con circunspección y magnanimidad. Por de pronto, indultando a Collazo y además dando cierta libertad a Albizu Campos. No se deben aplicar con igual rigor las leyes a individuos equivocados, exaltados y fanáticos que a criminales natos. Luego, buscando la fórmula concreta que acuerde a Puerto Rico la deseable autonomía política que condiga con su tradición hispanoamericana.

PRESENCIA



REUNION DE CANCILLERES



La cuarta reunión de Cancilleres americanos que acaba de celebrarse en Washington merece una consideración especial. No es posible desconocer que esta reunión forma parte de los preparativos para el encuentro decisivo de la tercera guerra mundial que ha comenzado en Corea. Por ello, para apreciar debidamente su significación y alcance no debe ser examinada como una de las tantas reuniones que tenían lugar en épocas más pacíficas o cuando las guerras no eran tan decisivas. La próxima guerra prevista con tanta lucidez por Spengler, y en cuyos prolegómenos nos encontramos ya, será una guerra de exterminio mundial. El mundo se halla en estos momentos bajo el poder de Abaddon, el Exterminador. Y los efectos del exterminio se harán sentir particularmente en las grandes concentraciones humanas de las ciudades modernas. Bajo este punto de vista, los Estados Unidos ofrecen para la destrucción mejor blanco que Rusia. Las reflexiones estratégicas que hacía Napoleón sobre la imbatibilidad de Rusia deben ser tenidas en cuenta aún hoy a pesar de la fuerte superioridad técnica de los Estados Unidos. Porque si un ataque atómico por parte de Rusia contra las ciudades americanas llegara a producir efecto —y no parecen existir razones técnico-militares que lo impidan— el poderío militar de los Estados Unidos quedaría gravemente mellado.

Decimos esto para disipar la imagen de la próxima guerra que revolotea en la cabeza de muchos y que les induce a pensar que el triunfo de los Estados Unidos está previamente asegurado. Porque esto piensan, concentran su preocupación no ya en vencer al comunismo soviético sino en tomar posición contra el imperialismo yanqui, a quien consideran virtualmente dueño y señor de la tierra. Nuestra opinión, por el contrario, es que el comunismo sólo será vencido si todas las naciones anticomunistas aúnan contra él su esfuerzo espiritual, económico y militar. De aquí que pensemos que en esta tarea deben empeñarse seriamente las naciones que tienen sentido de la responsabilidad, dejando para ocasión más

propicia cualquier otro asunto que entre ellas pueda ser objeto de disputas.

La Declaración de Washington

Desde un punto de vista la aprobación por unanimidad de la Declaración de Washington es alentadora. Porque en ella se establece "la firme determinación de las repúblicas americanas de permanecer unidas tanto espiritual como materialmente para hacer frente a la actual crisis mundial y a cualquier amenaza de agresión". Comprendidas en su sentido obvio y cabal estas palabras implican la exclusión de toda tercera posición entre el comunismo soviético y las naciones que contra este están dispuestas a la lucha.

Sin embargo, esta Declaración no parece reflejar suficientemente el sentido y el alcance de la lucha ante la cual se halla abocada la humanidad. Es posible que desde el punto de vista de los Estados Unidos el texto de esta Declaración sea ya un gran triunfo. Pero no puede serlo desde el punto de vista de Hispanoamérica. Era necesario que nuestros pueblos aprovechasen ocasión tan solemne para recalcar con fuerza y aún con énfasis que la actual crisis del mundo y, en consecuencia, sus remedios, no son tan solo del resorte militar, económico y jurídico sino primero y principalmente espiritual. Y espiritual, en sus raíces fundamentales y vivas, de manera que no se la remedia con vagas afirmaciones de un espiritualismo iluminista que igual pueden adecuarse a Satanás o a San Miguel Arcángel. Es necesario señalar en los actos públicos internacionales de hoy que "*si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen, si no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas*" (*Salmo* 126). Esta afirmación es en la actualidad más necesaria que nunca. Porque al más miope se le hace patente que están en crisis las bases fundamentales que sostienen al hombre. No hace falta haberse quemado las cejas en profundos estudios de la historia moderna para advertir que si bien el comunismo está agitando y movilizando las terribles hordas mongólicas y tártaras para lanzarlas sobre el mundo civilizado, el comunismo, en definitiva, no es sino un producto de la renegada Europa cristiana. Y nadie mejor que Hispanoamérica, educada en la tradición católica, para rendir este testimonio. La declaración dada por Lequerica, Embajador de España en Washington, con motivo del acto público de la Conferencia de Cancilleres había de poner de relieve el compromiso en que se halla colocada Iberoamérica ante el mundo. Señaló en efecto, Lequerica, que fueron concretamente los españoles "quienes llevaron a América el mensaje de su fe religiosa y de su concepto de la vida. En la hora en que la creación iberoamericana —añadió— tan llena hoy de originalidad y de personalidad propia alcanza momentos de suprema consideración, cree la embajada, necesarias estas precisiones. España se siente orgullosa del resultado de su obra en América donde dejó con su lengua su espíritu, entonces como ahora, asociado a ésta, la labor de unidad para mantener incontaminada la civilización, la tarea realizada hoy en una proyección decisiva, a los Estados Unidos de América y a las naciones americanas de origen ibérico, íntimamente unidas y compenetradas" (*La Nación*, 3-4-51). Creer y desear la respetabilidad de nuestros pueblos si no queremos traicionar su auténtica y gloriosa tradición. Porque cuando el mundo civilizado escoge sus últimas fuerzas para luchar contra los sin-Dios nada debiera ser más decisivo que la fuerza de los pueblos que aún hoy afirman su fe en el Dios vivo de la tradición cristiana.

La cooperación militar

Cuando el principal falla, no pueden andar mejor sus derivaciones. Cuando no se alcanza a comprender la magnitud de la lucha actual de la humanidad, la magnitud de la causa que está en juego, la magnitud de la responsabilidad que le cabe a todas y a cada una de las naciones, en especial a las católicas, se ha de caer en falsas y peligrosas evasiones. La impresión que se recoge de las discusiones que tuvieron lugar en Washington no puede ser más lamentable. Hagamos una excepción para Colombia. Su ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Gonzalo Restrepo Jaramillo, dijo que su país está irrevocablemente ligado a los valores espirituales comprendidos en la presente lucha, y que la nación colombiana está preparando una división combatiente para ser enviada a Corea... "En estos momentos trascendentales de la h i s t o r i a —agregó— abrigamos la sincera convicción de que nuestro apoyo a la U.N. es una prueba que ofrecemos al mundo del sistema que ha venido a reemplazar la conquista por la fuerza".

Hecha esta única excepción, el desarrollo de la asamblea ha consistido en una lucha más o menos franca entre los Estados Unidos que han buscado obtener la cooperación mayor, tanto económica como militar, y el resto de pueblos que han tratado de cooperar lo menos efectivamente posible y de sacar las mayores ventajas económicas. No vamos a defender a los Estados Unidos. Desgraciadamente este pueblo no ha tomado todavía conciencia del sentido y del alcance de la causa de la cual es indiscutible abanderado. No es admisible que en causa tan noble y empeñosa no sepa desbancarse totalmente de la mentalidad de traficante. Porque si el Secretario de Estado, Sr. Acheson, ha pedido, y con razón, a las naciones latinoamericanas "algunos sacrificios" en el terreno económico, es menester que, a su vez, los Estados Unidos no quieran beneficiarse, obligando a las repúblicas latinoamericanas a congelar los precios de materiales estratégicos o esenciales sin la correspondiente congelación de los precios de los productos industriales americanos. Los países de Iberoamérica tienen derecho a que no queden en meras palabras las afirmaciones del mismo Acheson, cuando dijo: "Los Estados Unidos no subestiman este punto, y estamos estudiando cuidadosamente la manera más práctica de resolverlo dentro de las condiciones que guían nuestro mutuo propósito general, o sea el de formar un solo frente contra el peligro y la amenaza".

Pero si en la actual circunstancia no podemos defender completamente a los Estados Unidos, a pesar de que con la sangre de sus hijos luchan por la nobilísima causa de la civilización, mucho menos son de defender los pueblos de Iberoamérica. Verdad es que estos hicieron suya la glosa que a la Declaración de Washington h i z o nuestro Canciller cuando habló de "t a r e a cooperativa", "efectiva", "con los demás países de América en la lucha contra el comunismo", "en defensa contra la agresión", etc., etc.; pero cuando se trató de concretar esta cooperación para hacerla verdaderamente efectiva, todo se redujo a buscar razones y pretextos para eludir su resultado práctico. Cierto que nuestro Canciller desmintió formalmente que alguien de su delegación hubiera afirmado que "las tropas argentinas estaban sólo para defender a la Argentina" (*La Nación*, 30-III-51), pero luego actuó como si fuera éste su pensamiento y su consigna. No en vano el mismo día de ese desmentido alguien había escrito en "Democracia", bajo el seudónimo de "Descartes", que ningún argentino había de levantar "en esta tierra un soldado para pelear fuera de sus fronteras, porque aquí no existe predisposición para agredir". Pero, ¿cómo? ¿no estamos en que vamos a *cooperar* contra la agresión comunista? Y cuando esta agresión se hace en el terreno militar, y se hace *fuera de nuestras fronteras*, ¿cómo podemos cooperar sino enviando tropas allí donde son necesarias?

Comprendemos perfectamente que quepa discusión acerca de si la cooperación argentina o de cualquier otro país americano debe efectuarse precisamente en Corea o si es más conveniente que se realice sólo en suelo europeo. Pero lo que no puede admitirse seriamente es que haya razones jurídicas que impidan la cooperación conjunta de los pueblos de América, y mucho menos que pueda afirmarse que ello ha de determinar conflictos con la U.N. Realmente que la compañía de México y Guatemala con nuestra representación en este asunto no es para ponernos ufanos. Una actuación más en armonía con el enfático discurso de nuestro Canciller en su glosa a la Declaración de Washington hubiera resultado más leal y más airosa que otra con visos de habilidad sudamericana. La calidad de orientación política de los dos países que han encarnado las posiciones extremas —Colombia y Méjico— registran el desconso en la calidad y fuerza de nuestra política internacional.

Pensamos que pudiera defenderse con eficacia la inconveniencia de comprometer nuestras fuerzas en vasta escala en un teatro de operaciones tan alejado y extraño a nosotros como el de Corea. Pero aún entonces nuestra contribución sería aconsejable con carácter simbólico y aún por razones de adiestramiento. Porque lo que sobre todo importa es definir una vez por todas si nuestro país está verdaderamente dispuesto a empeñarse en una lucha leal y franca contra el comunismo soviético. Pues, si así no fuera, por mucho que formulemos declaraciones anticomunistas estaríamos prestándonos al juego de la dirección comunista mundial. Porque, hoy por hoy, los dirigentes mundiales de la política comunista no aspiran a obtener de pueblos marcadamente anticomunistas sino un apoyo y contribución *indirecta* y *negativa*. Se contentan con que no se empeñen en una lucha *efectiva* contra el comunismo. Hace poco hicimos ver cómo esas con las directivas del Kominform. Las recientes nacionalizaciones de la producción petrolífera de Persia confirman esta opinión. Y sobre todo la confirman las nuevas consignas de Togliatti en Italia. Estaría dispuesto este comunista a llegar a un acuerdo con todos los partidos italianos e incluso con el go-

ORACION A SAN JOSE

¡Oh José! El 19 de Marzo de 1951 te celebraron los ejércitos de los Cielos, y por ti resonaron los coros de la Cristiandad... pero la nación de los argentinos se negó a unir su voz a tanta alabanza. Se lo impedía el clamor de los mercaderes y la urgencia de recuperar el tiempo perdido en mil conmemoraciones tontas y en las horas muertas del sábado judaico. Tu fiesta, ahogada por el martilleo de las fábricas y por el bullicio oficinesco de expedientes y tazas de mate cocido, ha sido borrada del calendario oficial argentino; y todos han comprendido que así debía ser... ¡Oh prudente José! ¡Oh Patriarca del Silencio! Tú también sabrás comprender la urgencia de los unos, la ignorancia de los otros y el cobarde silencio de los más!

BOANERGES

bierno de De Gasperi "siempre y cuando cambie su política exterior e Italia deje de formar parte de las naciones que están preparando la guerra bajo la dirección de los Estados Unidos". (*La Nación*, 4.IV.51).

La política del Cominform, en el caso de algunos países, se contenta con la neutralidad. No puede pretender que la Italia actual p. ej. se coloque decididamente del lado de la Rusia soviética. Sería un gran triunfo para la causa comunista si, en cambio, se limitara a la neutralidad. Igual cosa acaece con los pueblos de Latinoamérica. Por ello, resultan tan graves las reflexiones de "Descartes" en "Democracia" (5.IV.51) cuando aboga por la neutralidad. No; cuando están en juego los restos de civilización en el mundo, no puede permanecer neutral una nación que tiene ligada su existencia y su grandeza a esta civilización. No se trata de defender ese patrimonio civilizador porque es atacado en "nuestro suelo". Se trata simplemente de defenderlo porque es atacado. Pues no es valioso ese patrimonio porque también se halle radicado en nuestro suelo. Es valioso en sí mismo. Y porque lo es, da valor y dignidad a nuestro suelo y a nuestra historia. Constituye él, lo mejor de nuestra substancia nacional. Y constituye lo mejor de nuestra substancia como un patrimonio *común y universal*. No sobrevive en nuestro suelo y en nuestra historia sino por un intercambio perenne con las fuentes universales de donde arranca y que lo mantienen. Por lo mismo, cualquier ataque que se efectúe contra este patrimonio civilizador en cualquier parte de la tierra es un ataque que se efectúa contra nosotros y contra lo mejor de nuestra substancia nacional.

Por aquí aparece cuán insensato sería invocar la soberanía e independencia nacional para rehusarnos a tomar parte en una empresa que por ahora no afecta *directamente* ni a nuestra soberanía ni a nuestra independencia nacional. El ataque al *patrimonio de civilización* de los pueblos afecta a todos los pueblos solidarios de ese patrimonio. Si mañana nuestra nación quedara aislada de los otros pueblos civilizados y si de modo particular quedara substraída a la influencia de la Iglesia católica y romana, a cuya sombra se plasmó e s e patrimonio, insensiblemente emprenderíamos el camino de retorno a las tribus que poblaron primitivamente nuestro suelo.

Pero es hoy tal el curso de los acontecimientos históricos que ni siquiera se dejaría a los pueblos esta posibilidad de hacer su vida en lo impenetrable de la selva. El comunismo que amenaza con dominar totalmente al mundo someterá a todos los pueblos a un orden de hierro del que habrá desaparecido aún ese encanto de la libertad de la selva. Como lo ha predicho hace un siglo Donoso Cortés, escribiendo al Cardenal Fornari, "el gran imperio anticristiano [del comunismo] será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre de pecado".

PRESENCIA

SOBRE UNA CRITICA AL "MIGUEL ANGEL" DE PAPINI

Con la presente colaboración, PRESENCIA no quiere tomar posición sino que desea abrir para nuestros lectores la discusión que ha suscitado en Europa el libro de Papini sobre "Miguel Angel" y cuya traducción castellana acaba de ser publicada. (N. de la D.)

En la entrega del 20 de mayo de la *Civiltà Cattolica* el R. P. Rovella, S. J., firma unas interesantes consideraciones críticas a la "Vita di Michelangelo nella vita del suo tempo" di Giovanni Papini.

Hay dos momentos en la crítica del P. Rovella. Hacemos ver, el primero, que lo que Papini dice en punto a la ortodoxia del biografiado carece de verdad, luego, la crítica se orienta fundamentalmente, según lo entendemos nosotros, a que el libro carece de unidad, tanto en su composición y distribución como en la visión que de Miguel Angel nos ofrece.

De la ortodoxia del Buonarroti no nos ocuparemos en estas cuartillas. Es asunto que habrá de resolver la teología y la historia. Sin embargo no podemos menos de hacer algún comentario a este respecto, aunque sea desde fuera. En efecto, el P. Rovella se empeña en demostrar la falsedad de la conclusión fundamental del libro sobre la inclinación de M. A. a la herejía protestante. Esto, en realidad, complica algo al autor de Gog, porque si como afirma Rovella, las tres "pruebas" aducidas por Papini para hacer tender al luteranismo a M. A. son tan "no demostrativas", tan flojas y simplonas, por no decir ridículas, no nos quedaría más remedio que atribuir a Papini ignorancia o mala fe o, vaya a saber, ¡qué prejuicios! Está demás decir que en tamaña disyuntiva sólo caeremos si admitimos a ojos cerrados todo lo que afirma Rovella, de lo cual por el momento nos abstenemos. Y es claro, que al abstenernos así, podríamos ofender al distinguido jesuita que quiere forzarnos a admitir como cosa abiertamente demostrada la falsedad de las conclusiones papinianas. Para salir del desconcierto que esta disyuntiva puede producir en el lector, quizás ayude advertir que del lado del libro de Papini encontramos una terrible sinceridad y grandeza de ánimo lo que contrasta con la insoportable mezquindad y estrechez de comprensión que, no obstante la elegancia de expresiones, caracteriza la crítica de la "Civiltà".

La verdad es que el tema se presta para promover "intrigas intelectuales". Papini, según el P. Rovella, ha dicho, al fin y al cabo, lo que no tendría que haber dicho, o sea la "cosa enorme", consistente en poner a Miguel Angel entre los cuasi-herejes, y lo ha dicho rotundamente. Tal firmeza afirmativa de parte de Papini debe tener su explicación, sus motivos. Contribuye a que esto nos preocupe el hecho de que todo el libro, en el fondo, es inquietante, poco claro y hasta desconcertante en lo que se refiere a esos problemas que tienen de filosóficos y a la vez de religiosos, que tratan del valor de la vida del hombre, de su destino y de su redención. ¿Qué le pasa a Papini? —es la pregunta que naturalmente nos formulamos al acabar la lectura. Y desde esa pregunta— y ayudados por innúmeras críticas aparecidas en los últimos meses en Italia— podrísse uno adentrar en mil hipótesis —más o menos fantásticas— sobre el verdadero pensamiento actual de Papini. Pero esperemos el "Juicio Final" (próximo libro de Papini).

Lo que en el estudio del Padre Rovella nos sorprende es la extrañeza que demuestra ante cierto aspecto de la obra. Critica su despedazamiento en ciento ochenta capitulitos, que "poniendo punto cada tres, dos o aún menos páginas y cortando el camino apenas empezado, nunca permite que el ánimo del lector se vea envuelto en aquel calor sentimental que despierta el interés, estimula las ansias de conmover y nos hace mirar con mal disimulado [illegible] nos saca el libro de [illegible]". A esta desacertada distribución de la materia agrega nuestro crítico el que la cantidad de personajes recordados [illegible], al punto de convertir el libro en una "libro quasi cronologico, di un [illegible]". Algo así como una "galería de retratos". Y [illegible] clama el P. Rovella. Sin embargo [illegible] de la obra "La Vita di Michelangelo nella vita del suo tempo" [illegible] de Papini, [illegible] del libro, que es el propio Miguel Angel.

Pero la queja fundamental del crítico de la "Civiltà Cattolica" se dirige a la parte [illegible] —al menos [illegible]— de la obra sobre la imaginación y sobre la [illegible]. En otras palabras: la acusa de no acabar por formar en la imaginación [illegible] la gigantesca estatua de un héroe legendario, ante el cual haya que "postrarse y rebelarse". Parecería que, en este sentido, el P. Rovella hubiera deseado una de esas vidas novelescas en que [illegible] la cabeza del lector la estatua del héroe. [illegible] ... a la [illegible] —según él— contribuye mucho [illegible] del libro en casi [illegible] de capítulos breves, que [illegible] la "emoción [illegible]" cada dos o tres páginas un nuevo [illegible] —pero— un nuevo personaje. (de los de la "galería").

Sin llegar a admitir que este sistema alcance a producir un "[illegible] que lo acompaña a uno a lo largo de las [illegible] páginas" (y que esto diga [illegible] de haberse cansado, sin [illegible], en otra cosa), no discutiremos que un pequeño [illegible] se experimenta ante la multiplicidad de figuras. Pero pasemos por alto ese detalle. Interesa el centro de la acusación de Rovella, pues bien, no ve [illegible] sino absolutamente incomprensible, lo [illegible] de que la obra carezca de [illegible] imaginativa.

Pero, cuidado, no porque en el libro efectivamente exista ese [illegible] que pretende Rovella —un poco [illegible] como [illegible] algo similar de los "[illegible]"— sino, al contrario, porque, aparte de [illegible] [illegible] tipo de [illegible] lo que en el libro [illegible] una [illegible] y [illegible] de la imagen sobre la idea, de las [illegible] existenciales sobre las [illegible]



lisis teóricos; primacía debida en última instancia al propósito papiniano de limitarse exclusivamente, en su condición de artista, a contar, así no más: contar "con amor la vida de otro artista" y de no hacer bajo ningún concepto teoría (estética, psicológica, histórica, filosófica). No hay imaginismo —que es lo a todas luces apetecido por el P. Rovella— pero hay, por la factura misma del libro, imaginación. Ya veremos más adelante las consecuencias de esto en el enfoque de la figura del Buonarroti. Y la calidad, la vitalidad, el fuego, la luz de las imágenes, junto a la tensión sinfónica que se crea en los momentos culminantes de la vida (cuando, con "imágenes" —notémoslo de pasada— lo vemos allá en lo alto de la Sixtina o, con sus diminutas manos fuera, en el lecho de muerte) asombran tanto el ánimo del lector, que, si tiene por ahí algunas innatas ganitas de "efectismos" de no se sabe qué especie, quedará de seguro purificado de ellas y transformado hacia la apreciación de lo que es una sana, poderosa imaginación.

Esa pretendida falta de influjo sobre la imaginación tiene sus consecuencias. Por lo pronto el P. Rovella anota la siguiente (de novedad y alcances verdaderamente copernicanos):

"La tragedia —y el autor ve muy a menudo tragedias— no se posesiona jamás del alma de uno", pudiendo "cada dos o tres páginas cerrar uno el libro e irse de paseo sin que lo persigan fantasmas" (!).

Procedamos ordenadamente. Evidentemente nuestro crítico entiende decir que, precisamente en su finalidad casi fundamental el libro es un fracaso. Claro. Porque una de las líneas de fondo de la obra es la de mostrarnos lo trágico —artístico, humano, religioso— en Miguel Angel. La última palabra de Papini sobre la vida de Miguel Angel es que fué esencialmente trágica —sin teatralidades (sigue las contraposiciones: imaginación sin efectismo, tragedia sin teatralidades) por fatal naturaleza y destino. El libro se llama "La Vida de Miguel Angel. . ." El P. Rovella declara que, leyéndola, la tragedia en ningún momento se ha apoderado de él. Ergo el libro ha fracasado.

Carecemos de argumentos para expresar nuestro desacuerdo con el P. Rovella, esto es: para demostrar que la tragedia, contra lo que él dice, se posesiona verdaderamente del alma de uno. Como antes acerca de otra, ahora respecto a esta acusación hay que decir no ya que es criticable, sino incomprensible. En apuro semejante nos veríamos si alguien nos dijera que la hoja de papel bien blanco que tenemos a la vista es negra. La comparación vale: porque eso no sería ya algo a lo que se puede criticar, criticable, sino incomprensible. Por *vía demostrativa* sería imposible reducirle a ver y decir que es blanca.

Por tanto lo único que se puede hacer es aclarar bien: "si Ud. no ha sentido la tragedia. . . yo sí". Pero además el P. Rovella pone cierto aire irónico —odioso y bajo, y que nos disculpe el soldado de Loyola—, con su frasesita entre guiones (". . .—y el autor ve muy a menudo tragedias—. . ."), como si aquél que nos espetara la negrura de un papel que es bien blanco, lo hiciera todavía con aire sobrador.

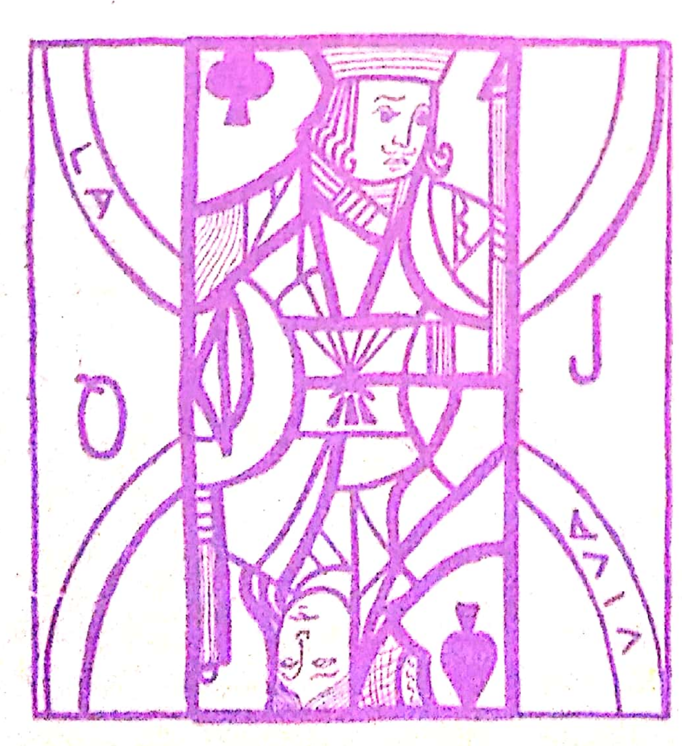
Hay con todo a nuestro favor un detalle significativo. En el último capítulo, "Condanna e Assunzione", Papini vuelve, casi en forma de "despedida", sobre el asunto de las tragedias miguelangelescas, más bien, de lo trágico en Miguel Angel. Concretamente, ello lo hace señalándonos desde la altura del epílogo, en visión sintética, todas las tragedias que, una a una, en su realidad de hechos, habíamos seguido a través de las 600 páginas. Pero al tiempo que las señala o recuerda, nos esclarece y ahonda con apasionadas consideraciones su significado. Nos hace meditar, con exigencias casi ascéticas, sobre ellas. Ahí está la fórmula mínima que resume toda una vida: "egli stesso fu tutto tragedia". Ahora bien; a todos y a cualquiera, lo falso, lo teatral, lo forzado, por bellas que sean las palabras con que nos es presentado, acaba por indisponernos. Es insoportable. Aunque habría motivos mucho más profundos de indignación, donde más se rebela el hombre es frente a lo que es o parece "pose", por lo menos en los demás. . . Y si una cosa no la "sentimos" es inútil; tratándose de un libro, cada una de las páginas que volvamos (aquí son 600) no hará sino agudizarnos el fastidio; infinitamente peor si la cosa de marras es el tema principal del libro. ¡Y a qué distancia iría a parar el tal volumen si el autor, a modo de conclusión, en el último capítulo, nos tornase a hablar de lo mismo, y aún con mayores pretensiones de que lo "sintamos" y nos emocionemos con él! Sin llegar a actos de violencia con el papel impreso, por lo menos ocurriría necesariamente que quien no había logrado "sentir" la tragedia en los ciento ochenta capítulos precedentes, juzgaría con poca simpatía el centésimo octagésimo, eso grandioso último capítulo que es capaz de conquistar el ánimo de cualquier hombre de verdad. Sin embargo, ¡cuán lejos de ello se encuentra uno! ¡Cómo el oleaje de letras negras se alza impetuoso y nos envuelve, mejor, nos transforma mediante una sublime vivencia de "humanidad", concretada en percibir la trágica esencia de ésta! ¡Cómo apretamos con febril adhesión el libro y nuestros ojos llegan a sentirse humedecidos! ¿Será acaso porque Papini ha fracasado, porque la tragedia no nos ha ganado, porque —en suma—. . . el papel blanco era negro?



No negamos que para alguien apegado a tipos humanos rigurosamente lógicos, sumisos, momificados en su repertorio de clarísimas soluciones a todos los problemas humanos y cósmicos, resulte algo difícil entender, "agarrar" el sentido de una vida que —como la que nos ofrece Papini— no sólo es trágica sino que muere siendo trágica. ¡Por las oscuridades de lo trágico se pueden filtrar todos los enemigos de nuestras santas convenciones! ¡Pero qué le vamos a hacer! Las posiciones de quienes afirman que un papel es blanco y de quienes sostienen que es negro, de quienes dicen que no se siente la "tragedia" o de quienes aseguran que se siente, son irreductibles, no se puede tender entre ellas puente racional alguno.

En esta Vida de Miguel Angel no aprendemos teorías. Porque el autor no se las ha propuesto. Su objetivo es el *hombre* —para él, el hombre Miguel Angel, para nosotros (desconfiando ligerísimamente de los sondeos del alma profunda hechos a quinientos años del interesado) el hombre en general—, el hombre como lo ve Papini, y un poco, por eso, el mismo hombre Papini. El hecho es que aprendemos Humanidad. Aún en la *fastidiosa* recorrida de los inumeros personajes secundarios, palpamos toneladas de materia anímica. Y la humanidad nos queda definida como algo esencialmente trágico. Cuestión de gustos, diremos al P. Rovella. Sólo aquél a quien no entre un poco más adentro de la epidermis el planteo papiniano, podrá "cerrar el libro e irse de paseo" cuantas veces quiera. Desde luego que no será causa de ello el que la "tragedia" no se haya apoderado de él, sino que él no ha sido capaz de verla. Y conste que por más efectismo imaginativo que Papini hubiera puesto —complaciendo ciertas exigencias—, nunca habría conseguido hacérsela entrar, aparte de que la verdadera tragedia no consiente ser expresada por imaginismos y teatralidades.

Por lo demás —y aquí tenemos presente otra socarrona frase del P. Rovella— veamos que aún a quienes se sienten posesionados por la tragedia no les sucede lo de verse "perseguidos por fantasmas al interrumpir la lectura". Precisamente, porque la tragedia de que se trata es auténtica no se sirve de imágenes fantasmales. Lo único que hace es cosquillearnos un poco el hondón de nuestra alma de hombres.



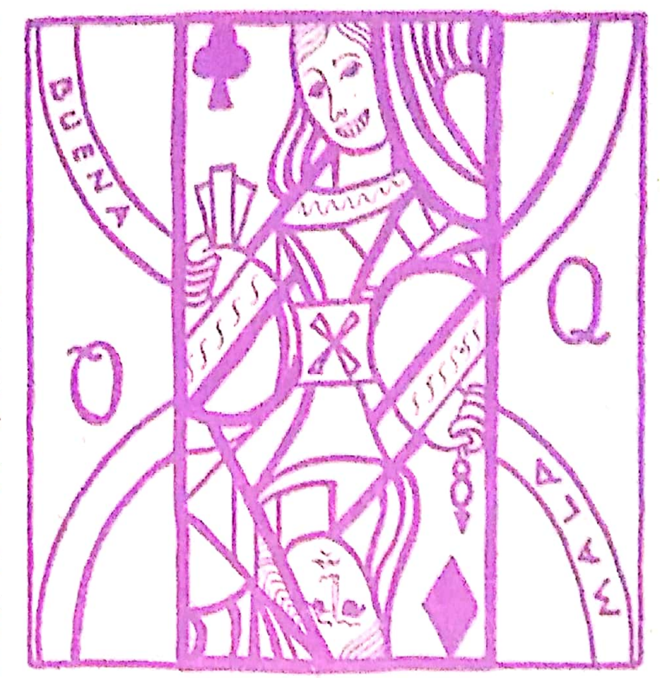
¿Por qué habrían de seguirnos fantasmas? ¿Se trata acaso de una novela terrorífica? Cierto es que no hay que pensar que el P. Rovella hubiera gustado una novela terrorífica; está claro su deseo cuando dice:

"Una storia vera, poderosa, alta e conclusiva su Michelangelo, che, *senza cadere nel goffo ibridismo di una storia romanzata,* soddisfacesse ad un tempo al bisogno intellettuale di verità e destasse impetuosa la vena del sentimento".

Por esta frase parecería que, contra lo que resulta de otras, el P. Rovella anhelase todo menos una vida novelesca. Admitamos que recién aquí quede expresado su verdadero modo de pensar. Aún así queda por averiguar qué entiende el P. Rovella por "historia, verdadera, poderosa, alta y (fijémonos sobre todo en esto) concluyente" sobre Miguel Angel. ¿Entenderá acaso con lo de concluyente una vida "resuelta", una vida que acaba finalmente con todos los problemas arreglados; una vida grandiosa, sí, pero que en cuanto a las cuestiones fundamentales del hombre ha aclarado racionalmente todo y no bulle en ella ni una contradicción, ni una tragedia interna? Claro que, en este sentido, no puede ser "concluyente" la vida de quien, por ejemplo, no resolvió jamás completamente "el dualismo de lo pagano y lo cristiano, de las enseñanzas del Poliziano y las de Savonarola" (pág. 61); de quien según Papini llegó a profesar la más radical filosofía de la desesperación (ver el nocturno capítulo de "Le Tombe Medicee"); de quien arribó a dudar de la misma eficacia de la Redención. Tampoco es concluyente en cuanto al cristianismo de Miguel Angel: podríamos ir poniendo dos largas hileras de citas contradictorias al respecto. En aquél sentido el libro de Papini es todo menos concluyente.

Una segunda frase del P. Rovella quizá precise y confirme este sentido. Dice que, en virtud de todos los defectos nombrados, ya de la distribución del libro, ya de la concepción del autor, la víctima es el propio Miguel Angel, y "ne soffre la compiutezza della figura stessa del Buonarroti". Por donde habría que ver que en el fondo nuestro crítico quiere decir que la obra, en punto a cómo ha sido presentado el Buonarroti, es poco "clara". Ya en la visión existencial del biografiado, ya en el estudio de sus procesos espirituales. Gracias a que Papini ha diseminado sus juicios y conclusiones en "mil insinuaciones fugaces y diminutas" a lo largo de "i singoli orticelli capitolari", el lector, a menos de realizar un estudio "paciente, largo y poco practicable", se ve imposibilitado de captar en una visión sintética la figura del Buonarroti, bajo su doble aspecto: el vital y el íntimamente espiritual.

Bajo el primer aspecto esta presunta imposibilidad de captación unitaria del personaje en la mente del P. Rovella está en relación con aquella ausencia de efecto imaginativo tipo monobloque, tipo estatua, que él añora; y es en el fondo la misma acusación: ya decíamos que la crítica se orienta a que el libro carece de unidad. Y así como antes creímos necesario observar que lo que precisamente predomina es la imagen, diremos ahora sin más —pues no se trata de "silogistear" sino de exponer directamente el personal (de validez personal) parecer—, que en el libro de Papini la figura de Miguel Angel, tomada primeramente en cuanto a su presencia humana, hasta física, se siente con rigor y realidad inmediatos. ¡Si precisamente una de las características del libro es, como señalamos en otro lugar, que Papini "se complace en ver", en seguir silenciosamente al Buonarroti a través de toda su vida, en describirlo existencialmente, ya en lo alto de la Sixtina, ya orando, ya en la conversación, ya en la pétrea soledad de las montañas apuanas. ¿Quién no lo "ve" cuando, en singular capítulo (que sólo un nato florentino podía escribir), nos lo describe saliendo, alejándose definitivamente de Florencia? ¿Y no llega a ser ya el mismo Papini quien dice querer "verlo", en el excepcional párrafo de la muerte de Miguel Angel (a juicio del joven escritor florentino C. Ballerini, colaborador personal de Papini, el más valioso de la obra), o en el último del libro?



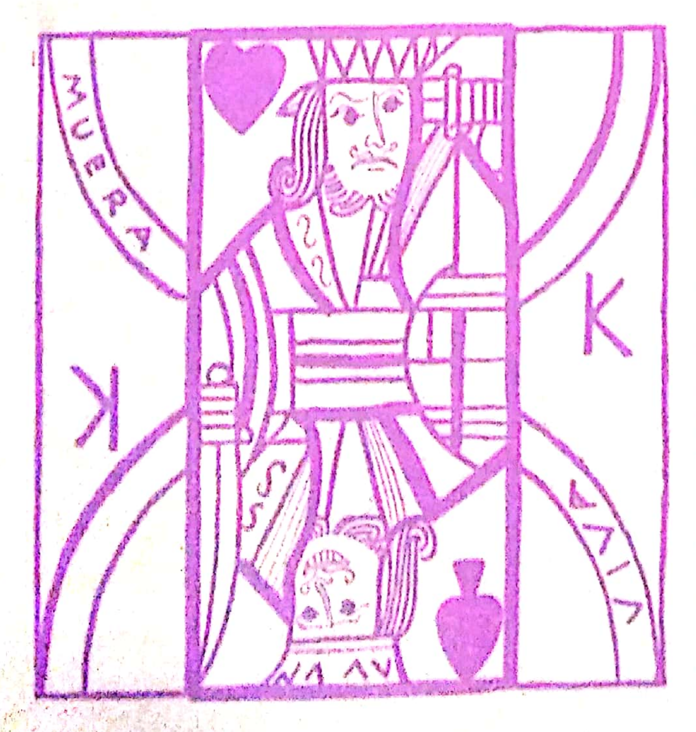
"Io lo conobbi, quand'ero ancor fanciullo, sugli spalti sconnessi di San Miniato e il suo David fu tra i miei più antichi e ascoltati maestri. L'ho amato sempre, anche nelle sue miserie, nelle sue malinconie e nelle sue sconfitte. Ora, alla fine della vita sua e mia, lo vedo talvolta nell'oscura stanza romana, di notte, al lume de lucerna, mentre sta mirando —forse pregando— il suo ultimo Cristo, il Cristo stecchito e scalfito, sospeso nella mezz'ombra come uno scarno impiccato. Il vecchio operaio sogguarda e sospira. Ed io sarei tentato di accarezzargli adagio una spalla, di baciarlo sulla fronte rugata se non mi trattenesse la vergogna del mio nulla e il terrore di questa deserta grandezza".

Las numerosísimas visiones existenciales, que priman abrumadoramente sobre los escasos análisis teóricos, no son del tipo de las que nos ofrecen de resultas una imagen monobloque. A lo más, nos queda grabada una cierta unidad... fisonómica. Pero nunca una estatua con los gestos predeterminados...! No unidad de estatua (¿de cadáver?) sino unidad y continuidad profunda de presencia existencial, es lo que percibimos apenas intentamos tener una "visión sintética" de la figura del Buonarroti papiniano. Y esta unidad se aprehende naturalmente, sin el mínimo de esfuerzo de recapitulación o síntesis; que sólo habrá trabajo "paciente, largo y poco practicable" para quienes, a fin de recabar una "visión unitaria" del genio florentino, juzguen necesario compilarse una ficha con los datos de la altura, peso, color de cara y cabellos, número de calzado, dimensiones toráxicas y demás detalles del cuerpo de Miguel Angel. ¡Pero gracias a Dios y a Papini estas cosillas no aparecen!

Bajo el aspecto de la intimidad espiritual de Miguel Angel, la imposibilidad de una captación unitaria significa para el P. Rovella lo siguiente:

"...que en la mente del lector, la figura del héroe no llega a tener nunca una forma determinada, viviente y reconocible. *¿Es Miguel Angel humilde o soberbio?* La respuesta suya a N. Martelli (pág. 393) depone en favor de la humildad, pero su modo de morder cruelmente a L. Da Vinci (pág. 107) y de tildar de "goffo nell'arte" a un Perugino (pág. 105) lo muestran todo lo contrario. Ni tampoco se sabe cómo creer "tímido" (pág. 173), temeroso por naturaleza (página 68) y miedoso (pág. 448) al hombre que sin una palabra de disculpa o explicación cierra la puerta en la cara a toda una expedición de artistas por él mismo invitados a Roma (pág. 175); que se yergue frente a Julio II (pág. 137) y osa decir "no" a Paulo III (pág. 469)...".

Esto es el colmo. Papini no nos ha querido (ni ha podido) presentar un bello fantoche, que se "entiende" a primera vista, o sea que se agote en una sola visión: todo claro, todo bello, todo proporcionado, como una piedra de una sola cara. ¡Vuelta a lo del monobloque! Lo que Papini nos ha presentado es un hombre, y un hombre verdadero —ni siquiera inventado por él—. Nos lo ha presentado hasta dónde, a quinientos años y a través de una documentación, ha podido él sondearlo. ¿Cómo habría de saber yo, hombre del siglo XX, si en última instancia en lo más abismáticamente hondo del ser de Miguel Angel primó la soberbia o la humildad, el temor o la audacia? ¡Y quién sabe si lo supo él mismo! Aparte ésto, es menester recordar que, cuando se está frente a una realidad concreta, frente a un individuo, generalmente la mente humana se expresa en términos contradictorios, correspondientes a cada uno de los múltiples puntos de vista que sobre ese sujeto concreto se pueden adoptar. A lo más de una ecuación algebraica se podría saber con absoluto rigor si es humilde o soberbia...! Pero una ecuación es



un problema que carece de densidad entológica y es perfectamente transparente desde ese punto de vista; el hombre, en cambio, es un misterio. ¿Quién es el que se entiende a sí mismo? ¿Quién en el fondo debe decir de sí si es humilde o soberbio? Pero el P. Rovella quiere claridad, y no tolera en su esquema del mundo la presencia (¿peligrosa?) de las contradicciones.

Y el P. Rovella se inquieta porque no ha entendido si Miguel Angel es humilde o soberbio. Más bien habría de inquietarse por algo más importante, por saber, por ejemplo, dónde acaba toda la filosofía de la desesperación expuesta en el capítulo "Le Tombe Medicee" y cómo se la puede compendiar con el glorioso párrafo dedicado al "Amor" en Miguel Angel, dónde va a parar el dualismo savonaroliano platónico, dónde termina y dónde empieza el protestantismo y el catolicismo en el Buonarroti. E infinitas dudas e indeterminaciones que en el libro flotan.

Con todo tampoco sea quizá de derecho hacer estas preguntas a Papini, ni a quién fuere. ¿Que hay contradicciones? Es natural: de contradicciones está hecho el hombre y aunque él, en sí, no lo fuera, ya se encarga un salmo de aludirnos a ciertas "aguas de contradicción" al lado de las cuales es puesto (¿a prueba?) el hombre. Y además una contradicción siempre es —por lo menos— signo inequívoco de alguna realidad dinámica que es capaz de sostenerla: vida.

La ascensión de la planta está en oposición con la gravedad. Sólo los cadáveres son chupados por esta hasta lo más negro de la tierra.

IGNACIO ANGELELLI.

PREDICCION DE NAPOLEON

Gonzague de Reynold acaba de publicar un magnífico libro sobre Rusia, con el título Le monde Russe. *De allí (pág. 350) reproducimos la siguiente predicción de Napoleón sobre el temible poderío de Rusia.*

La revolución estalla en Francia. Catalina, tan admirada por los "filósofos" toma partido contra ella. Contra ella su hijo Pablo predica la cruzada, envía sus ejércitos hasta a Italia, hasta a los Alpes suizos. La actitud cambia y la opinión se modifica. Los republicanos, los jacobinos denuncian en Rusia al monstruo bárbaro, gobernado por déspotas absolutos y crueles que, con la ayuda de la más negra reacción, lanzan sus hordas asiáticas contra pueblos libres y civilizados y contra Francia, esta esperanza de las naciones... En contacto con los ejércitos rusos, los franceses aprenden a medir la fuerza temible de un imperio del cual descubren que no tiene nada de europeo, salvo la fachada edificada por Pedro el Grande y decorada por Catalina.

Napoleón que era un hombre del siglo XVIII, menos en la ideología, experimentó esta fuerza y se sabe con qué resultado. Hecha la experiencia, sacó de ella las previsiones y conclusiones.

Durante su exilio en Santa Elena, volvió muchas veces sobre el peligro que hacía correr a Europa el poderío ruso. Con el mapa en la mano, el miércoles 6 de noviembre de 1816 por la tarde, ha hecho a sus compañeros de destierro, una exposición sobre Rusia, que fué resumida por Las Cases.

Ha insistido sobre lo que llamaba la situación admirable de Rusia contra el resto de Europa, sobre la inmensidad de su masa de invasión. "Pintaba a esta potencia sentada bajo el polo, adosada a hielos eternos que forzosamente la hacía inabordable; no podía ser atacada, decía, sino tres o cuatro meses o un cuarto del año, mientras que tenía todo el año, o los doce meses contra nosotros; no ofrecía a los asaltantes sino los rigores, los sufrimientos, las privaciones de un suelo desierto, de una naturaleza muerta o adormecida, mientras que sus pueblos no se lanzaban sino con el atractivo de las delicias de nuestro mediodía.

Además de estas circunstancias físicas, añadía el emperador, a su numerosa población sedentaria, brava, endurecida, abnegada, pasiva se juntaban inmensas pobladas, cuyo desprendimiento y vagabundaje constituyen su estado natural. No puede uno dejar de estremecerse frente a la idea de una tal masa, a la que no se podría atacar ni por los flancos ni por la retaguardia; que desborda impunemente sobre vosotros, inundándolo todo si triunfa, o retirándose a través de los hielos en el seno de la desolación, de la muerte, convertidas en sus reservas, en el caso de ser derrotadas. Y esto con la facilidad de reaparecer tan pronto como el caso lo requiera. ¿No está allí la cabeza de la hidra, el Anteo de la fábula, del cual no se puede prender el cabo sino apoderándose de su cuerpo y ahogándolo en sus brazos; pero ¿dónde encontrar el Hércules? Nos correspondió a nosotros atrevernos a esto, pero lo hemos tentado torpemente, hay que reconocerlo".

Napoleón decía a su cirujano O'Meara: "Vos estáis en la flor de la edad... Pienso que veréis a los rusos invadir y tomar la India, o entrar en Europa con cuatrocientos mil cosacos y otros habitantes de los desiertos, y doscientos mil rusos verdaderos... Los cosacos, los calmucos y los otros bárbaros que han seguido a los rusos en Francia y en otras partes de Europa, habiendo una vez tomado el gusto del lujo y del mediodía, llevarán a sus desiertos el recuerdo de los lugares en que tenían tan hermosas mujeres y tan buen alimento; y no solamente no se hallarán en condición de vivir en sus países bárbaros y estériles, sino que comunicarán a sus vecinos el deseo de conquistar estos territorios deliciosos".

Napoleón estaba preocupado por esta perspectiva de invasión. Creía también en los ejércitos de Gengis Khan y de Tamerlán, por numerosos que se los imaginase, porque arrastraban detrás de sí a pueblos nómadas enteros que se engrosaban con otros pueblos en el camino; no sería imposible, decía el emperador, que Europa acabe un día de esta manera. La revolución operada por los hunos, y cuya causa se ignora porque su huella se pierde en el desierto, puede repetirse". Y añadía: Rusia está admirablemente bien situada y puede acarrear una tal catástrofe".

En un momento de humor, Napoleón había declarado "que para tener éxito en la conquista hay que ser necesariamente feroz y que si él hubiese querido ser feroz, hubiese conquistado el mundo". Las Cases se permitió combatir esta afirmación. La conversación sobre este punto terminó con esta observación del emperador: "Para que un conquistador pudiese ser feroz con éxito, sería necesario que mandase a soldados también feroces y que reinase sobre pueblos sin luces; ahora bien, bajo este aspecto, Rusia posee una ventaja inmensa sobre el resto de Europa; tiene la rara ventaja de tener un gobierno civilizado y pueblos bárbaros; en ella las luces dirigen y mandan, la ignorancia ejecuta y desvasta".

El emperador estaba entonces persuadido de que la invasión de Europa y la conquista de la India por los rusos eran inevitables. Decía también a Meara: "Rusia es la más temible de todas las potencias... Yo veo en el porvenir más lejos que otros y he querido oponer una barrera a estos bárbaros, restableciendo el trono de Polonia, y poniendo a Poniatowski como rey a la cabeza de este Estado. Pero vuestros imbéciles ministros no han querido consentir... Cuando se vea a Europa invadida convertirse en presa de los bárbaros del Norte, se dirá: Napoleón tenía razón!".

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Colección encuadernada del año 1949	„	50.—
Suscripción anual	„	30.—

ELOGIO DEL ASNO

(Introducción a la lectura de Nietzsche)

"Llega a ser lo que eres".
(Also Sprach Zarathustra)

¡Llegar a ser asno! ¡Aunque más no sea para no soportar ya la sublime fatiga de pensar! Un "hi-han" sonoro y modulado, convencido y definitivo, respondería a las cuestiones eternas de la razón humana. Síntesis a la vez de "sí" y "no", reuniendo los deseos de la carne con la voluntad del entendimiento, esta única respuesta, en su forma alternativa y con su voz brotada de las entrañas, reconciliaría tanto las cumbres de la paradoja como las cimas de la contradicción. Para calmar la vana agitación de las ideas, ningún suceso mejor que este grito triunfante que sube al cielo; imagen profética de su futura unidad o profecía a la vez de la concordancia de sus voces multitudinarias, tal es este día en el que aún las piedras, que tienen sin embargo la cabeza dura, habrían podido cantar con los niños a la vista de este humilde "borriquillo" que conducía sobre su lomo la Gloria conciliadora del Espíritu.

Todos conocen el oficio del asno y que es sumamente útil para trepar ciertas pendientes colgadas sobre los precipicios. Habituado a todas las cargas, las pesadas como las embarazosas, qué precioso auxiliar para el hombre, para el hombre que piensa. ¿Un entendimiento fraternal en el mismo lugar del peligro no se volvería acaso provechoso? En el curso de este pacífico paseo en que el hombre a horcajadas se dejaría llevar, descubriría por ejemplo, la utilidad de las dos buenas anteojeras del asno, la posibilidad de ir delante de sí sin que el pensamiento sea por ello menos integral, de esta manera sustraído a las influencias extrañas que bordean el camino, sean valores morales como prejuicios intelectuales, milenarios y petrificados; su gusto por eso mismo saneado lo conduciría más bien desde entonces a devorar algún cardo espinoso, de origen arbitrario, aun de existencia absurda, pero que presente, allá delante de él, lo haría sin duda retroceder, si por valiente terquedad no se decidiera a zampárselo tal cual.

"Tal cual", es ésta toda la probidad del asno para quien la realidad no comporta categorías, para quien ella es siempre justa. Admirariase ciertamente, si lo supiera, de haber transportado un Dios, se maravillaría también de haber soplado encima algún tiempo antes; advertido por su rebuzno afirmativo que no se preocupaba de las apariencias, se lo ha invitado a los dos más felices acontecimientos: al nacimiento en compañía del buey, otro contemplativo del "mendigo voluntario", y a la entrada en gloria donde fué determinada para siempre su identidad. Era seguramente él, sin lugar a equívoco, "el hijo del asna" que estaba todavía allá con sus orejas en punta erguidas hacia el cielo, sus grandes orejas hechas para escuchar bien, para escucharlo todo sin partidismo, solidarias por adelantado de la invariable alabanza.

¿Tanto como decir que para llegar a ser asno bastaría encontrar la respuesta de antemano a cualquier cuestión? No sólo encontrarla, sino consentir en reconocerla y en cantarla una vez descubierta. Entonces es posible colocarse las anteojeras previstas, porque el camino recién comienza. Lo que pasa neciamente en el establo es un comienzo de encantamiento, una sorpresa de primer descubrimiento. Vienen luego los años fecundos de elaboración, el Conocimiento. Pero cuando el asno reaparece, se sabe que la muerte se avecina.

El asno acepta los acontecimientos tal cual: cuando es necesario soplar, sopla; cuando es necesario caminar, camina; y rebuzna cuando es necesario rebuznar. Pero es necesario finalmente *morir*. El hombre que piensa conoce bien el sendero del asno; si sólo se advierte más tarde de su sorpresa necia del comienzo, es en el momento mismo en que se vuelve a encontrar cara a cara con el asno, cuando no tiene otra salida que la de desatar y ponerse a horcajadas de "su" asno. Es el momento decisivo en que forma nada más que uno con él, el momento de celebrar la "fiesta del asno".

Sin pasado, sin porvenir, sin historia. Sólo una presencia discreta religando el nacimiento con la "víspera" de la muerte. Es el "Eterno Retorno" de Sí, el misterioso cambio de lo mismo en lo mismo. Eran dos asnos, pero cada uno "hijo de asna"; los orígenes alcanzan aquí la eternidad.

....

Dentro de algunas horas, es en el lugar llamado "del cráneo" donde se consumará la tragedia del Hombre del Conocimiento. Tragedia escondida y tragedia muda. Crucifixión del pensamiento en extensión y en profundidad. Aquí, no otra unidad de medida que el vacío. Vale más entonces, vivo aún, "encomendar su espíritu". Una inteligencia pacificada puede plantearse múltiples cuestiones y dejarlas en suspenso; otra puede no planteárselas en absoluto. Porque en fin, sabemos que todo esto dura un poco menos de tres días.

Buenos Aires, 28-3-1951.

WANDA WISE

Traducción del original francés por H. D. M.

POLITICA SOCIAL ATOMICA

Los antiguos cuentos infantiles eran muy educativos aunque sea redundante decirlo.

Estos cuentos, verdaderas píldoras de sentido común que se daban a los niños en vez de las modernas píldoras reconstituyentes o anti-cualquier cosa, fueron el verdadero esqueleto de nuestra civilización cristiana occidental, que le impidió su caída en la estupidez. Acumulados por siglos de experiencia vital en los padres, eran usados por los niños ya *grandes* para guiarse por la vida y luego de las necesarias correcciones que les sugería la experiencia propia, eran transmitidos a los propios hijos y así siguiendo.

De esa manera llegó a mis oídos este cuento:

Cierta vez cayeron a nuestra ciudad unos extranjeros avispados y fueron a ver al Emperador. Conociendo su vanidad, le propusieron hacerle el vestido de ceremonia más magnífico que se hubiera visto. El otro, embalado, los acomodó en un sector de su palacio, ordenó que se les entregara todo lo que pidieran y les anticipó un magnífico sueldo a cada uno. Ni cortos ni perezosos, aquellos se ubicaron en el palacio, pidieron toda clase de manjares y encargaron los mejores géneros para iniciar la obra.

Pasado el primer mes y pagado el primer sueldo a cada uno, el Emperador quiso ver cómo andaba el vestido. Antes de entrar al cuarto, los extranjeros le previnieron que se preparara bien, por que la tela que tejían era tan sutil y elevada que solo podían verla las personas muy inteligentes. Cuando el Emperador entró, todo el equipo hacía como que cortaba, medía y cosía. El Emperador no vió el género por ningún lado, pero su vanidad pudo más y elogió calurosamente las maravillas de la tela.

A la siguiente visita, varios meses después, recorrió el taller acompañado por sus consejeros, previamente hablados por los interesados sobre la prueba de inteligencia que eso significaba. Todos unánimente se extasiaron ante la tela y la llenaron de elogios. Con lo cual el Emperador para no ser menos entusiasta, les aumentó el sueldo a los cuenteros y a los otros.

La historia sigue diciendo que el Emperador se probó el vestido entre el alboroto de exclamaciones de arrobamiento, que toda la ciudad se deshacía en elogios sobre el magnífico vestido imperial y que finalmente el Emperador se decidió a pasearse en procesión por todas las calles de la ciudad con su nuevo vestido de ceremonia.

Por supuesto que no llevaba nada puesto fuera de sus calzoncillos, pero la ciudad se deshizo en aclamaciones y felicitaciones por el magnífico vestido, porque allí eran todos vivos y nadie quería pasar por poco inteligente.

Se cuenta que el Emperador siguió paseándose en calzoncillos hasta que cierta vez un chico le gritó: "El Emperador anda en calzoncillos", con lo que se deshizo la trama, pero sin perjudicar a los verdaderos vivos porque esos ya estaban lejos en su tierra.

Y ahora la aplicación del cuento. En un país sudamericano, una alta repartición de Estado, acaba de contratar a un grupo de doce genios norteamericanos que se agregaron a un equipo ya existente de alemanes y franceses, trabajando todos en la actualidad bajo las órdenes directas de la Secretaría gubernativa nacional, con *jugosos* sueldos y entrada libre al despacho presidencial.

Estos señores, en su mayoría físicos, matemáticos y biólogos, han prometido, reorganizar en *pocos* años la sociedad de referencia "aplicando las leyes de la Física atómica".

Para halagar el frívolo orgullo nacional y afianzar su posición y sueldos; el primer informe de este equipo de super-genios está destinado a demostrar que la base teórica para aplicar las leyes del mundo inorgánico, al orgánico y al social, la dan los trabajos del médico argentino José Ingenieros.

Sobre la base de tan luminosas consideraciones y especulando con la tontería de todos, están preparando planes sobre planes, para experimentar sus ideas sobre los miserables cobayos nativos.

Se ha llegado a afirmar que con esta aplicación de leyes racionales y científicas podrá transformarse en pocos años cualquier población atrasada poniéndola a la altura de las civilizaciones ya maduras. Se ha dicho también que en la sociedad actual solo deben tener derecho al voto los que hubieran sufrido las injusticias de la Naturaleza o de la organización económica, pues los demás ya están compensados por sus dotes naturales o por su fortuna para pretender tener un derecho más. Por supuesto que estos votantes serán dirigidos por un grupo de científicos planificadores que aplicando las leyes físicas remodelarán toda la sociedad. Hasta que al final, gracias a la Ciencia, se acabarán las injusticias naturales y económicas y con ello el derecho al voto, pues todos serán capaces y podrán gobernarse por sí mismos.

Todo esto, que parece una broma de mal gusto o un cuento de Julio Verne, se ha dicho y sostenido muy en serio. Como son muy pocos los que conocen a fondo la Física atómica, muchos menos los que saben algo de Sociología y ninguno que haya oído hablar de Física atómica aplicada a la sociología; nadie se anima a chistar y los audaces siguen adelante.

Para hacer callar a estos charlatanes, basta decir que el mecanicismo que ellos representan no es sostenido por ningún sociólogo serio en ninguna parte del mundo. En E.E. U.U. ningún autor de catego-

SONETO

El lirio de tu nombre se levanta
por el aire fatal hacia la altura
del arcángel secreto que conjura
tu equilibrio de espuma en su garganta.

De sí mismo a sí mismo va con tanta
levedad trascendiendo que la pura
ingravidez del aire se apresura
a servir de escabel para tu planta.

Y yo aquí abajo entre la yerba vengo
resoplando vapores como un toro
muerto de celos por la tierra parda.

Un mar de celos en las venas tengo
del nombre que te ciñe, del decoro
del aire y del arcángel que te guarda.

AUGUSTO FALCIOLA



ría cree al día de hoy que puedan aplicarse con éxito las leyes físicas a la sociedad. En Francia, cuna de Comte descubridor de esta ingeniero-cracia, nadie es hoy mecanicista. Hasta en Rusia que pareció el último baluarte, después del eclipse de Bukarin y de la hija de Isaac Akselrod, se terminaron los mecanicistas y su influencia en el gobierno soviético.

Negar lo espiritual no está ya de moda y el pobre Ingenieros está definitivamente enterrado.

Para agregar una opinión responsable sobre estas tentativas atómico-sociológicas, citamos al eminente Pitirim Sorokin en su contribución a la prestigiosa publicación norteamericana y francesa dirigida por Gurvitch y Moore titulada "La Sociología en el Siglo XX": A pesar de todas las ruidosas pretensiones de los partidarios de esta corriente, los resultados reales de sus laboriosos esfuerzos han sido más bien decepcionantes. Examinados de "cerca, sus premisas se revelan "como no siendo más que una especie vulgar de metafísica materialista, inconsistente y contradictoria; ni otra cosa que una deformación de los métodos y principios de las ciencias naturales, de la lógica y de las matemáticas.... Todos estos procedimientos solo pueden dar resultados de una exactitud ilusoria."

Resulta gracioso ver que los físicos que no creen posible aplicar los mismos métodos y leyes de la Macrofísica a la Microfísica a pesar de ser aspectos distintos de una misma realidad y que han necesitado que Einstein después de 30 años de refinamiento de su teoría, les dé hoy una teoría unificada de ambos campos para atreverse a empezar a pensar en métodos unitarios dentro de lo físico, sean los que muy tranquilamente den el salto necesario para aplicar las leyes y métodos de la Física intra-atómica al campo de lo humano social. La correlación matemática entre la magnitud del salto en uno y otro caso, puede darnos una idea aproximada del índice de dureza de las caras de estos extranjeros asesores de Gobiernos.



Para deshacer todo el engaño, únicamente hace falta que aparezca la persona con la suficiente autoridad y valentía como para gritar: "El Emperador anda en calzoncillos".

Pero como nos enseña el cuento, tiene que ser alguien que íntimamente crea estar a la altura del cargo que ocupa y sea indiferente a la opinión de los demás sobre su capacidad.

¿Quedará todavía un hombre justo en esta Sodoma?

José Ignacio Nonato

SI LA GUERRA SERA ESTE AÑO

No me guío por los comentarios de la última semana. Las alarmas expresadas por el presidente norteamericano y su vice, son de las que se repiten de tanto en tanto, y como ellos mismos decían, se asemejan a las que tuvieron cuando el bloqueo de Berlín, o el estallido de Corea. El conjunto de los hechos producidos desde el atropello comunista a Checoslovaquia hasta la actual situación bélica en Asia es lo que me hace llegar a la conclusión sintetizada en el título de esta nota.

En efecto, desde que los norteamericanos cesaron de creer que la victoria del 45 lo había arreglado todo, y que ya no deberían politiquear en el mundo, sinó únicamente comerciar con todas las naciones, la ventaja que el triunfo de la coalición vencedora había dado a Rusia dejó de aumentarse. Y con las medidas que sus rivales tomaron se vislumbró que disminuiría, como ahora es evidente. La comunización de la China, producida en el período intermediario, que pareció al pronto factor decisivo a favor del bando soviético, se ha reducido a sus justas proporciones por el desarrollo de la lucha en Corea. Allí se ha visto que la masa no es por sí sola superior a la estrategia y la potencia de fuego del ejército de la UN, y los cientos de miles de chinos que irrumpieron en la península ocupada a principios de año por las tropas internacionales no sirvieron sino para aumentar la desolación del país y ofrecer un campo de exprimentación a las nuevas armas norteamericanas, y comprometer cada vez más a los rusos en un conflicto que parecían poder ganar por medios exclusivamente políticos, pero que puede provocar su intervención militar, y con ella el estallido de la tercera conflagración mundial del siglo XX, de cuya inminencia se habla.

Las incesantes maniobras de Rusia a partir del 45 sorprendieron a sus ex-aliados. Cuando estos esperaban que Stalin se dedicaría, según las imágenes de Epinal difundidas durante la lucha pasada, a reconstruir pacíficamente su desvastado país, vieron al hombre del Kremlin desplegar una actividad propagandística de escala gigantesca. El comunismo estuvo a punto de copar las situaciones de Italia y Francia, sojuzgó toda la Europa oriental, desafió a los occidentales en Berlín, se apoderó de China y pareció amenazar como una inundación a todo el Extremo Oriente continental. Pero esa maniobra soviética, lejos de darle elementos de triunfo, fué contraproducente. Sacó a los norteamericanos del paraíso de tontos en que entraron con demasiada precipitación al salir de la última guerra. Provocó el rearme de la más poderosa nación industrial, y la organización del Pacto del Atlántico. Por último la agresión de los satélites nordcoreanos del Kremlim precipitó las voluntades en todos los países amenazados por la maniobra comunista. Y hoy es el día en que el Soviet ruso se vé ante el dilema de hacer la guerra él mismo, o perder sin luchar.

Ya las acciones militares en Corea están mostrando los resultados obtenidos por los occidentales en el terreno de los hechos. La movilización norteamericana, que sigue un ritmo acelerado, y prevé la existencia de dos millones de yanquis en pié de guerra entre fines de este año y comienzos del que viene, y la organización del ejército del Pacto del Atlántico mandado por Eisenhower, son más importantes aún que la prueba de eficiencia dada por los occidentales en Asia.

De estos últimos factores el rearme europeo no es el menos considerable. Durante todo el período que examinamos, no dejó de extrañar que las naciones que en las dos grandes contiendas pusieron en los campos de batalla millones de soldados, aparecieran inermes, imposibilitadas de reunir entre todas más de unas decenas de divisiones. Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, tenían centenares al cesar las hostilidades en 1945. Pero en la Europa de la posguerra no existía armamento moderno. Y esa carencia había provocado en las poblaciones un desaliento muy poco propicio a una adecuada reorganización militar del viejo continente. Ahora las cosas han cambiado a ojos vistas. No sólo el ejército del Pacto del Atlántico va tomando forma, y recibiendo armas modernísimas. Sino que además los ánimos se han recobrado. El mes pasado el ministro de guerra inglés, Mr. Strachey, distinguido marxista pero emancipado de toda influencia soviética rusa, hizo interesantísimas declaraciones. Señaló a sus compatriotas la magnitud de los recursos humanos de que podrían disponer los rusos y los chinos juntos. Pero enseguida recordó los que tienen las naciones occidentales tales. Y a diferencia de lo que hasta hace poco era frecuente concluir, al hacer esa comparación, concluyó a favor de su propio bando.

Esa riqueza humana, respaldada por la industrial y económica de Norte América, es la que a plazo más o menos breve pondrá a Rusia en manifiesta inferioridad de condiciones. Cuando la producción de armamentos en los Estados Unidos haya permitido cumplir el programa yanqui y el europeo en su totalidad, Occidente equilibrará a Oriente hasta en el número. Y entonces el resultado sería menos dudoso aún de lo que permite preverlo ya la guerra de Corea. Pero hay un peligro obvio, repetidas veces señalado por los observadores políticos en todo el mundo. El de que Rusia no dé tiempo a que dicho programa se cumpla, y ataque cuando su superioridad cuantitativa es aún sensible. A eso puede responder el anuncio de concentraciones soviéticas en las fronteras de Manchuria, al parecer dispuestas a intervenir contra las fuerzas de la UN, lo que provocaría una respuesta inmediata del ejército internacional, y en consecuencia la guerra. Pero si esa amenaza no se concreta, Occidente irá rearmándose progresivamente, y reconquistando el terreno perdido en los últimos seis años, hasta desalentar a Rusia de apelar a las armas para prevalecer.

Por eso creo que la guerra será este año, o habrá infinitas probabilidades de evitarla en nuestro tiempo.

Julio Irazusta

SUMARIO

Correo Argentino
Central
Concesión Nº 4550
Tarifa Reducida
Concesión Nº 4046